

lo que ha de valerme esa rama dentro de ese paquete.

Apenas Topsisius volvió de la sagrada fuente de Elíseo, le ofrecí, para celebrar el encuentro providencial de la Gran Reliquia, una de las botellas de *Champagne* que Potte traía en las alforjas. Topsisius bebió «por la Ciencia». Yo bebí «por la Religión». Y liberalmente la espuma de *Moet et Chandón* regó la tierra de Canaán.

Por la noche, para mayor festividad, encendimos una hoguera. Las mujeres árabes de Jericó vinieron á danzar delante de nuestras tiendas. Nos recogimos tarde. El envoltorio de la corona de espinas estaba al lado de mi catre. Apagárase la hoguera y nuestro campamento dormía en el infinito silencio en el infinito silencio del valle de la Escritura... Tranquilo, regalado, me dormí también.

III

Llevaría próximamente dos horas de sueño, cuando pareció que una claridad trémula, como la de una antorcha humeante, penetraba en mi tienda, y que á través de ella, una voz me llamaba lamentosa y doliente:

—Teodorico, Teodorico, levántate y parte para Jerusalem.

Arrojé la manta asustado y vi al doctísimo Topsisius que á la luz mortal de una vela se calzaba rápidamente una espuela de hierro, apoyado el pie sobre la mesa donde yacían las botellas de *Champagne*. Era él quien me despertaba apresurado y fervoroso.

—¡Arriba, Teodorico, arriba! ¡Ya están ensilladas las yeguas! Al amanecer debemos llegar á las puertas de Jerusalem.

Incorporándome en el catre, miré con pasmo al sesudo doctor.

—¡Topsisius! ¡Pero vamos á partir así, bruscamente, sin alforjas, saliendo de las tiendas como quien huye?

El erudito alemán alzó sus anteojos de oro que resplandecían con una desusada é irresistible intelectualidad. Una capa blanca que yo no le había visto

hasta entonces le envolvía en pliegues graves y puros de toga latina. Lento y solemne, alzó los brazos y me dijo con labios que parecían clásicos y de mármol:

—¡Don Raposo!... Esta aurora que en breve tocará las cimas del Hebrón, es la del 15 del mes de Nizam; y no hubo en toda la historia de Israel, desde que las tribus volvieron de Babilonia, ni lo habrá, hasta que Tito venga á ponerle el último cerco al templo, un día más interesante. Yo necesito estar en Jerusalem para ver viva y claramente esta página del Evangelio. Vamos, pues, á hacer la santa Pascua en casa de Gamaliel, que es un amigo de Hilel y un amigo mío, un conocedor de las letras griegas, patriota fuerte y miembro del Sanhedrín. Fué él quien dijo: «Para librarte del tormento de la duda, imponte una autoridad». Por lo tanto, arriba, arriba, Raposo.

Así murmuró mi amigo, erguido y lento. Sumisamente, como ante un mandato celeste, comencé á calzarme, en silencio, mis gruesas botas de montar. Después, apenas me arrebujé en el albornoz, Topsius me empujó con impaciencia fuera de la tienda, sin dejarme siquiera recoger el reloj y la navaja sevillana que todas las noches prudentemente guardaba debajo de la almohada. La luz de la vela agonizaba, humeante y roja.

Debía ser la media noche. Dos perros ladraban á lo lejos, sordamente, como entre frondosos muros de quintas. El aire olía á rosas y á azahar. El cielo de Israel brillaba con desusado esplendor. Y en la cumbre del monte Nebo un astro de refulgencia divina me miraba, palpitando ansiosamente, como si quisiese, cautivo en su mudez, decir un secreto á mi alma.

Las yeguas esperaban inmóviles bajo las luengas crines. Monté. Y mientras Topsius acomodaba trabajosamente sus piernas en los estribos, pude ver hacia el lado de la fuente de Eliseo una forma maravillosa que me erizó de terror.

A la claridad diamantina de las estrellas de Siria, se alzaba como la blanca muralla de una

ciudad nueva. Muros de templos albeaban pálidamente entre la espesura de bosques sagrados. Una llama flameaba en lo alto de una torre; más abajo, moviéndose, relucían hierros de lanzas; un largo son de bocina moría en la sombra... Y abrigada al pie de las murallas, una aldea dormía entre palmeras.

Topsius, sobre la silla, dispuesto á marchar, había envuelto la mano entre las crines de la yegua.

—¿Qué es aquello blanco de allí?—murmuré sofofado.

El dijo solamente:

—¡Jericó!

Partió galopando. No sé cuánto tiempo seguí enmudecido tras el noble historiador de los Herodes; era por una calzada recta, hecha de piedras negras de basalto. ¡Cuán diferente del áspero camino por donde habíamos descendido á Canaán! Todo en derredor me parecía diferente: la forma de las rocas, el olor de la tierra y la palpitación de los luceros... ¿Qué cambio se operara en mí? ¿Qué cambio se operara en el universo? Algunas veces, una chispa saltaba bajo las herraduras de las yeguas. Topsius galopaba sin descanso, con dos alas de la blanca capa tremolando como dos paños de una bandera...

Súbitamente se detuvo. Era ante una casa cuadrada, entre árboles, toda oscura y silenciosa, con un asta en lo alto, en la cual se posaba extraña la figura de una cigüeña que parecía recortada en bronce. A la entrada, agonizaba una hoguera. Removí las brasas: á la llama breve que se alzó comprendí que era un antiguo hospedaje á la orilla de una antigua calzada. Debajo de la cigüeña, pero encima de la puerta erizada de clavos, brillaba en negro, sobre una lápida blanca esta inscripción latina:—*Ad Gruem Majorem*. A un lado, ocupando parte de la fachada, se desenrollaba una inscripción abierta rudamente en la piedra: la descifré con trabajo. En ella Apolo prometía salud al huésped, y Septimanus el hospedero garantía risueña

acogida, baño reparador, vino fuerte de Campania y todas las comodidades á la manera de Roma. Murmuré desconfiado:

—¡A la manera de Roma!

¿Entonces qué extraños caminos eran aquellos? ¿Qué hombres tan diferentes de mí en la lengua y en el traje, bebían allí, bajo la protección de otros dioses, el vino en ánforas de los tiempos de Horacio?...

Pero nuevamente Topsisius siguió galopando, solemne y vago en la noche. Había terminado la calzada de basalto sonoro. Subíamos paso á paso un brusco camino, abierto entre rocas donde gruesos pedruscos resonaban, rodando bajo los cascos de las yeguas: parecía el lecho de un torrente que el largo Agosto había secado. El erudito Doctor, sacudido en la silla, maldecía contra el Sanhedrín y contra la dura ley judaica, opuesta tenazmente á toda obra culta que intentase el Procónsul... Siempre el Fariseo miraba con rencor el acueducto romano que le traía el agua, la calzada romana que le hacía fácil el camino á las ciudades, la terma romana que le curaba las pústulas...

—¡Maldito sea el Fariseo!

Sonoliento, recordando viejas impresiones del Evangelio, murmuraba arrebuñado en mi albornoz:

—Fariseo, sepulcro blanqueado... ¡Maldito seas!

Era la hora silenciosa en que los lobos de los montes van á beber. Cerré los ojos: las estrellas palidecían.

Breves hace el Señor las noches del mes de Nizani cuando se come en Jerusalem el cordero blanco de la Pascua: bien temprano el cielo se vistió de luz por el lado del país de Moab.

Desperté. Ya los ganados balaban en los cerros. El aire fresco olía á tomillo. Entonces divisé, vagando por los oteros que dominaban el camino, un hombre extraño, bravo, cubierto con una piel de carnero que me hizo recordar á Elías y todas las cóleras de la Escritura: el pecho y las piernas parecían de granito bermejo; por entre la greña y las barbas, rudas, enmarañadas, haciéndole como

una selva feroz, los ojos refulgían desvariados... Nos descubrió, y agitando los brazos despidió sobre nosotros todas las maldiciones del Señor. Nos llamó «paganos», «perros»; gritaba: «¡Malditas sean vuestras madres, secos sean los pechos que os amantaron!» Crueles y llenas de presagios caían sus maldiciones de lo alto de las rocas: retardado por el lento andar de la yegua, Topsisius se encogía bajo la capa; hasta que, yo enfurecido, me volví llamándole «borracho» y diciéndole obscenidades: entonces, bajo la llama selvática de los ojos, la boca clamorosa y negra se torcía espumajante de furor devoto...

Al fin salimos de aquel sendero entre rocas y volvimos á encontrar la calzada romana, larga y enlosada, que iba á Sichem. Trotando por ella sentíamos el alivio de penetrar al fin en una región culta y piadosa, humana y legal. El agua abundaba: sobre las colinas alzábanse fortalezas nuevas. Piedras sagradas deslindaban los campos. En las eras blancas, los bueyes, con el testuz adornado de anémonas, pisaban el trigo de la cosecha de Pascua: en verjeles donde la higuera ya se cubría de hojas, el siervo desde su atalaya blanqueada, cantando con una vara en la mano, ahuyentaba las palomas torcaes. A veces descubríamos un hombre, de pie, cerca de su viña ó al borde de los canales de riego, derecho, con la punta del manto echada por encima de la cabeza, y los ojos bajos, diciendo la santa oración del *Schema*. Un ollero, que aguijoneaba su burro cargado de cántaros de barro amarillo, nos gritó:

—¡Benditas sean vuestras madres! ¡Grata os sea sea la Pascua!

Y un leproso, que descansaba á la sombra de un olivar, nos preguntó gimiendo, y mostrando las llagas, cuál era en Jerusalem el Rabí que curaba.

Nos aproximamos á Bethania. Para dar de beber á las yeguas, hicimos alto en una linda fuente que un cedro sombreaba. El docto Topsisius se admiraba de que no hubiésemos encontrado á la caravana que de Galilea iba á celebrar la Pascua á Jerusalem,

y en aquel momento sonó delante de nosotros en el camino un rumor lento de armas en marcha... Yo vi asombrado aparecer soldados romanos, de aquellos que tantas veces había maldecido en las eslampas de la Pasión.

Barbudos, tostados por el sol de Siria, marchaban sólidamente, en cadencia, con un paso bovino, haciendo resonar sobre las losas las sandalias ferradas: todos traían á la espalda los escudos envueltos en sacos de lona y una horquilla de la que colgaban platos de bronce, útiles diversos y ristras de dátiles. Algunas filas, descubiertas, llevaban el capacete como un balde: otras, en las manos velludas, balanceaban un dardo corto. El decurión, gordo y rubio, seguido de una gacela familiar, adornada con corales, dormitaba, al paso menudo de ella yegua, envuelto en su manto escarlata. Detrás, al lado de las mulas cargadas de sacos de trigo, cantaban los arrieros al son de una flauta de barro, tocada por un negro casi desnudo que tenía en el pecho, en caracteres bermejos, el número de la legión.

Yo había retrocedido bajo la sombra del cedro. Pero Topsisius, como un germano servil, había echado pie á tierra, arrodillándose casi en el polvo, ante las armas de Roma: no se contuvo y gritó agitando los brazos y la capa.

—¡Larga vida á Cayo Tiberio, tres veces cónsul, Ilirico Panonio, Germánico, Emperador, Pacificador y Augusto!...

Algunos legionarios reían groseramente. Pasaban con un rumor de hierro, mientras un pastor á lo lejos recogía sus cabras dando gritos y escapaba hacia la cumbre de los cerros.

De nuevo galopamos. La calzada de basalto terminó. Penetramos entre arboledas, á través de abundancia y frescura.

¡Oh! qué diferentes aparecían ahora aquellas colinas que yo había visto antes en torno de la Ciudad Santa, secas, calcinadas, blancas, del color de los osarios... Ahora todo era verde, regado, murmurante y con sombras. La misma luz había perdido aquella dureza triste y adusta con que la

había visto siempre, cubriendo á Jerusalem. Las hojas de las ramas abribeñas brotaban juveniles, tiernas, llenas de esperanza. Mis ojos se encontraban en aquellos verjeles de la Escritura formados de olivares, de higueras y viñedos, allí donde crecen silvestres y más espléndidos que el Rey Salomón los lirios bermejos de los campos.

Distraído y canturreando, trotaba á lo largo de un seto, entrelazado de rosas. Topsisius me detuvo, mostrándome en lo alto de un otero, sobre sombrío fondo de cipreses y cedros, una casa que abría para el lado de Oriente y de la luz su pórtico blanco. Perteneecía, me dijo á un romano, pariente de *Valerio Grato*, antiguo legado imperial de Siria; y todo allí parecía penetrado de paz amable y de gracia latina. Un siervo de sayal ceniciento, tallaba un tejo en forma de urna, al lado de un boj alto, tallado ya sabiamente á manera de lira. Aves domésticas picoteaban el suelo cubierto de arena escarlata, en una avenida de plátanos donde las ramas de la hiedra hacían de tronco á tronco festones como aquellos que ornán los templos: el follaje de los laureles velaba de sombras la desnudez de las estatuas. Bajo una glorieta de viña, al rumor del agua lenta que cantaba en la taza de bronce de una fuente, un viejo de toga, sereno, risueño, dichoso, leía junto á la imagen de Esculapio un largo rollo de papiro, mientras una doncella toda vestida de lino albo, con una flecha de oro en las trenzas, tejía una guirnalda con las flores que desbordaban en su regazo... Al paso de nuestros caballos la doncella alzó sus ojos claros. Topsisius gritó:—*O, salve, pulcherrima!* Yo grité: *¡Viva la gracia!* Los mirlos cantaban en los arbustos floridos.

Más adelante Topsisius me detuvo todavía señalando otra vivienda de campo, oscura, severa, entre cipreses; en voz muy baja me dijo que era de Osanías, un rico saduceo de Jerusalem, de la familia pontifical de Boethos y miembro del Sanhedrín. Ningún ornato pagano profanaba sus muros. Cuadrada, cerrada, adusta, reproducía la austeridad

de la Ley. Pero los lagares, los viñedos decían las riquezas formadas acumulando duros tributos: en el patio diez esclavos no bastaban para custodiar los sacos de trigo, los odres y los carneros marcados de rojo, recogidos aquel día de Pascua en pago del diezmo. Cerca de la calzada, con una piedra ostentosa, blanqueada de fresco, brillaba al sol entre rosales la sepultura doméstica.

Así, caminando, llegamos á los palmares donde se anida Belphagé. Y por un atajo que Topsisius conocía comenzamos á subir el monte de los Olivos hasta el Lagar de la Moabita, que es un parador de caravanas en aquella larga y vetusta calzada imperial que viene desde Egipto, siguiendo hasta Damasco la bien regada.

¡Sentí como un deslumbramiento! Sobre el monte, y entre los olivares que llegan á Cedrón y entre las pomaradas del valle hasta Siloeh, y en medio de las aras nuevas de los sacrificadores, y hasta allá donde se empolva la calzada de Hebrón, por todas partes advertí el despertar rumoroso de un pueblo acampado. Tiendas negras del desierto, hechas de pieles de carnero y rodeadas de piedras; barracas de lona de la gente de Idumea, que albeaban al sol, entre la verdura; cabañas hechas de ramaje donde se abrigaban los pastores de Ascalón; toldos de tapices que los peregrinos de Neftalí suspenden en varas de cedro... ¡Toda la Judea hallábase á las puertas de Jerusalem para celebrar la Pascua sagrada! Todavía, mirando hacia el caserío donde velaba un puesto de legionarios, estaban los mercaderes griegos de Decápola, los tejedores fenicios de Tiberiades, y la gente pagana que á través de Samaria llegaba de Cesárea y del mar.

Seguimos adelante lentos y cautelosos. A la sombra de los olivares los camellos, descarriados, rumiaban plácidamente; y las yeguas de Perea, con las patas trabadas, inclinaban la cabeza bajo la espesura de las largas crines. Junto á las tiendas, cuyos paños medio levantados dejaban entrever brillo de armas colgadas ó el esmalte de un gran plato, mujeres jóvenes, con los brazos reluciendo

de brazaletes, pisaban entre dos piedras el grano del centeno; otras ordeñaban las cabras; por todas partes encendían fogatas; y con los hijos de la mano y el cántaro vacío al hombro una fila de mujeres descendían cantando hacia la fuente de Siloeh.

Las patas de nuestros caballos se enredaban en las cuerdas de las barracas de los idúneos. Después, nos deteníamos ante tapices extendidos en el suelo, donde un mercader de Cesárea, con un manto á la cartaginesa, bordado vistosamente de flores, exponía piezas de lino de Egipto, sedas de Cos, y hacía relucir armas maqueadas. Mas allá otro, con un frasco en la palma de cada mano, celebraba las perfecciones del nardo de Asiria y de los aceites olorosos de Parthia... Los hombres se detenían en derredor, y fijaban en nosotros sus ojos lánguidos y altivos: á veces murmuraban una injuria sorda; á veces, por causa de los anteojos del doctor Topsisius, una risa de escarnio mostraba dientes agudos de fiera.

Echados bajo los árboles y de espaldas contra los muros, plañían filas de mendigos, mostrando sus llagas. Delante de una cabaña hecha con ramas de laurel, un viejo obeso, rubicundo como un Sileno, pregonaba el vino fresco de Sicheim y las habas nuevas de Abril. Un pastor de Ascalón, levantado sobre unas andas y en medio de un rebaño de corderos blancos, tocaba su bocina llamando á los devotos á comprar el cordero puro de Pascua. Por entre la multitud, donde constantemente se alzaban palos en rumorosas contiendas, rondaban en parejas los soldados romanos, con un ramo de oliva en el casco, benignos y paternales.

De esta suerte llegamos al pie de dos altos y frondosos cedros, tan cubiertos de palomas blancas volando sobre ellos, que eran como dos grandes manzanos en la primavera que un viento estuviese limpiando de flores. Súbitamente Topsisius se había detenido abriendo los brazos; yo hice lo mismo. Con el corazón suspenso, allí quedamos in-

móviles, deslumbrados, viendo allá abajo, en la luz resplandecer Jerusalem.

¡El sol la vestía suntuosamente! Una severa y alliva muralla guarnecida de torres nuevas, eruguíase sobre la ribera escarpada del Cedrón. En el recinto de las murallas, el Templo, sobre sus cimientos eternos, parecía dominar toda Judea, soberbio de esplendor como la refulgente ciudadela de un Dios.

Inclinado sobre las crines, el sapiente Topsisius me mostraba el atrio primordial llamado el «Patio de los Gentiles»: era tan extenso que podía recibir á todas las multitudes de Israel y á todas las de la tierra pagana: el pavimento relucía como el agua límpida de una piscina: y las columnas de mármol de Pharos que lo circundaba, formando los Pórticos de Salomón, profundos y llenos de frescura, eran más numerosas que los troncos en los espesos palmares de Jericó. En medio de aquel patio lleno de aire y de luz, elevábase en gradería lustrosa, como si fuese de alabastro, y con puertas chapeadas de plata y con torreones de los cuales volaban palomas, una noble terraza, sólo accesible á los fieles de la ley, al pueblo elegido de Dios, el orgulloso «Atrio de Israel». Allí alzábase todavía, sobre otra escalinata blanca, el «Atrio de los Sacerdotes». En el brillo difuso que lo cubría, negreaba un altar de áspero granito, que enristraba en cada ángulo un sombrío cuerno de bronce: á uno y otro lado dos columnas de humo subían lentamente, disipándose en el azul con la serenidad de una oración eterna. En el fondo, más alto, ofuscante, con sus recamos áureos sobre la altura de los mármoles, blanco y luminoso como labrado de oro puro y de nieve pura, refulgía maravilloso el *Hierón*, el Santuario de los Santuarios, la morada de Jehová: sobre la puerta pendía el Velo Místico, tejido en Babilonia, color de fuego y color de mares: por las paredes trepaba el follaje de un árbol de esmeralda esmaltada de varía pedrería: de la cúpula partían largas lanzas de oro que la aureolaban de rayos: así resplandecien-

te, triunfante, augusto, precioso, elevábase en aquel cielo de fiesta Pascual, ofreciéndose como el don más bello, el don más raro de la tierra.

A un lado del Templo, más alta, dominándole con la severidad de un amo orgulloso, elevábase la torre Antonia, negra, maciza, impenetrable, ciudadela de las puertas romanas. Sobre la plataforma, entre las almenas, movíase gente armada: una figura fuerte envuelta en un manto bermejo de centurión, extendía el brazo, y toques lentos de bocina parecían hablar, dar órdenes á otras torres que á lo lejos azuleaban en el aire limpio, dominando á la Ciudad Santa. ¡César me pareció más fuerte que Jehová! Más lejos todavía el circo de Herodes levantaba sus armas; y los jardines de Antipas se dilataban por un último otero hasta el túmulo de Elena, floridos, frescos, regados por las aguas dulces de Entogel.

—¡Ah, Topsisius, qué ciudad! murmuré maravillado.

—Rabí Eliccer dice que no vió jamás ciudad bella quien no vió Jerusalem.

A nuestro lado pasaban gentes alegres, corriendo hacia el verde camino que sube de Bethania; y un viejo que arreaba un burro cargado de haces de palmas, nos gritó que ya se avistaba la caravana de Galilea. Entonces, curiosos, trotamos hasta una altura, junto á una cerca de cantos, á cuya sombra ya se apiñaban algunas mujeres con sus hijos en brazos, sacudiendo velos claros y murmurando palabras de bienvenida. No tardamos en distinguir una polvareda lenta que el sol doraba; y poco después en llegar á Jerusalem, los que vienen de la alta Galilea, desde Gescala y los montes. Un rumor de cánticos llenaba el camino: en redor de un estandarte verde se agitaban ramos floridos de abedules; y los grandes fardos cargados sobre el lomo de los camellos balanceábanse cadenciosos por entre los turbantes blancos.

Seis jinetes de la guardia habilónica de Antipas Herodes, Tetrarca de Galilea, escoltaban la cara-

vana desde Tiberiades: traían las luengas barbas separadas en trenzas, y las piernas ligadas en tiras de cuero amarillo: caracoleaban al frente. Detrás seguían los levitas, á pasos largos, apoyados en bordones adornados de flores, con los rollos de la Ley apretados sobre el pecho, salmodiando los loóres de Sion. En torno, mozos robustos, con los carrillos inflados y rubicundos, soplaban furiosamente en reforcidas trompas de bronce.

De entre la gente agrupada á orillas del camino, partió una exclamación. Era un viejo sin turbante, con el cabello suelto, que danzaba frenéticamente: de sus manos velludas, que agitaba en el aire, salía un repique de castañuelas: toda su faz barbuda de rey David ardía con un fulgor inspirado. Tras él, algunas doncellas, saltando acompasadamente sobre la punta ligera de las sandalias, pulsaban con melancolía arpas leves. Arrebatada la turba, entonó los viejos cantos de los rituales y los salmos de la Peregrinación.

—¡Mis pasos van todos hacia tí, oh Jerusalem!
¡Tú eres perfecta! ¡Quién te ama conoce la abundancia!

Yo también exclamaba transportado:

—¡Tú eres el Palacio del Señor, oh Jerusalem,
y el reposo de mi corazón!

Lenta y rumorosa, pasaba la caravana. Las mujeres de los levitas, cabalgando en asnos, semejaban grandes sacos blandos: las más pobres venían á pie, y en las puntas dobladas de los mantos, traían frutas y grano de avena. Los más previosores, ya con la ofrenda para el Señor, arrastraban, sujeto del cinto, un cordero blanco. Los hombres fuertes llevaban á la espalda, sujetos por los brazos, á los enfermos, cuyos ojos dilatados, en los rostros cadavéricos, miraban ansiosamente las murallas de la Ciudad Santa donde todo mal se cura.

Entre los peregrinos y la alegre multitud que los recibía, cruzábanse las bendiciones ruidosas y ardientes; algunos preguntaban por los vecinos, por las tierras y por los abuelos que habían que-

dado en la aldea á la sombra de su vifa. Al oír que le habían robado la piedra de su molino, un viejo, con las barbas de un abraham, echóse en tierra desgarrándose la túnica. Cerrando la marcha de la caravana, pasaban las mulas, cargadas de leña y de odres de aceite; y detrás una turba de fanáticos, que en los alrededores de Betfagé y de Refraim se había juntado á la caravana, apareció, tirando á los lados del camino las calabazas de vino ya vacías, blandiendo alfanjes y pidiendo la muerte de los samaritanos y amenazando á la gente pagana...

Siguiendo á Topsisus, troté de nuevo á través del monte hacia los cedros cubiertos por el alto vuelo de las palomas; y en ese instante también los peregrinos avistaron la ciudad, que resplandecía allá abajo, hermosa, toda blanca en la luz. Levantóse entonces un clamoreo inmenso; ¡aquello fué un santo, tumultuoso, inflamado delirio! Prostrada, la turba golpeaba con sus rostros la tierra dura: un clamor de oraciones subía al cielo puro entre el estridor de la multitud: las mujeres erguían en brazos sus hijos ofreciéndoselos arrebatadamente al Señor. Algunos permanecían inmóviles, como asombrados ante los esplendores de Sión; y lágrimas ardientes de fe, de amor piadoso, rodaban sobre barbas incultas y fieras. Los viejos señalaban con el dedo las terrazas del Templo, las calles antiguas, los sacros lugares de la historia de Israel: «allí está la puerta de Ephraim; aquellas piedras blancas de más allá son del túmulo de Raquel...» Y los que escuchaban apiñados en redor, batían palmas gritando: «¡Bendita seas, Sión!». Otros, atortolados, corrían, tropezando en las cuerdas de las tiendas y en los puestos de fruta, á cambiar la moneda romana y comprar el cordero de la oferta. A veces subía de entre los árboles un canto penetrante, claro, cándido, que moría temblando en el aire: la tierra, como el cielo, parecía escuchar un instante: serenamente, Sión brillaba; del Templo ascendían dos columnas de humo, lentas, pero con un rezo eterno... Después el canto

moría: volvían á alzarse de nuevo las bendiciones clamorosas; el alma entera de Judá abismábase en el resplandor del santuario, pretendiendo abrazar á Jehová.

De repente Topsius agarró las riendas de mi yegua: y casi á mi lado, un hombre con una túnica color de azafrán, surgiendo de detrás de un olivo y blandiendo una espada, colocóse de un salto sobre una piedra y gritó desesperadamente:

—¡Hombres de Galilea, acudid, y vosotros, hombres de Neftalí...

Los peregrinos aproximáronse corriendo, con los bastones erguidos; las mujeres salían de sus tiendas, pálidas, apretando los hijos contra el seno. El hombre hacía temblar la espada en el aire; todo él también temblaba, y otra vez gritó desoladamente:

—¡Hombres de Galilea, el Rabí Jeschoua ha sido preso! ¡El Rabí Jeschoua fué llevado á casa de Hannán, hombre de Neftalí!

—¡Don Raposo—me dijo Topsius entonces con los ojos relucientes,—el Hombre ha sido preso, y compareció ya ante el Sanhedrín... ¡Aprisa, amigo, aprisa, vámonos á Jerusalém, á casa de Gama-liel!

*

Y á la hora en que en el Templo se hacía la oferta del perfume, cuando el sol iba ya muy alto sobre el Hebrón, Topsius y yo penetramos por la puerta del Pescado en una calle de la antigua Jerusalem. Era estrecha, tortuosa, sucia, con casas bajas y pobres de ladrillo; sobre las puertas cerradas con una tira de cuero y sobre las ventanas había verduras y palmas entretrejidas, constituyendo el ornato de la Pascua. En los tejados, rodeados de balaustradas, diligentes mujeres sacudían las alfombras y limpiaban el trigo; otras, charlando, colgaban lámparas de barro, en greca, para las iluminaciones rituales.

A nuestro lado caminaba con fatiga un arpista

egipcio, llevando una pluma escarlata presa en el gorro, los brazos cargados de brazaletes, y el arpa á la espalda, curva como una hoz y adornada con flores labradas en la madera. Topsius le preguntó si venía de Alejandría y si aun se cantaban en las tabernas del Eunotos los cantos de la batalla de Accio. El hombre entonces, mostrando en una sonrisa triste los dientes largos, posó el arpa y se dispuso á herir los bordones... Espoleamos las yeguas, asustando á dos mujeres cubiertas de velos amarillos, con parejas de palomas envueltas en un extremo del manto que y sin duda se dirigían al Templo, airosas, ligeras, haciendo tintinear los metálicos adornos de sus sandalias.

Aquí y allá una lumbre casera ardía en mitad de la calle, bajo cacerolas que despedían un olor fuerte de ajo; chiquillos de vientre enorme, desnudos y sucios, nos miraban fijamente, con grandes ojos, donde se posaba un hervidero de moscas. Delante de una alforja, un bando hirsuto de pastores de Moab esperaba á que los herreros, martilleando en un nimbo de chispas, les batiesen hierros nuevos para sus lanzas. Un negro pregonaba en un grito lúgubre bollos de centeno.

Callados, atravesamos una plaza, clara y enlosada, donde se estaban haciendo obras. Al fondo, una casa de baños, nueva, una terma romana, extendía con aires de lujo y ociosidad la larga arcada de un pórtico de granito; en el patio interior, por entre los plátanos que lo refrescaban, cuyas ramas suspendían toldos de albo lino, corrían esclavos desnudos relucientes de sudor, llevando vasos de esencias y haces de flores; de los respiraderos enrejados, á ras del pavimento, salía un vaho tibio de estufa que olía á rosas. Y junto á una de las columnas vestibulares donde una lápida de ónix indicaba la entrada de las mujeres, estaba de pie, inmóvil, ofreciéndose á las ofrendas como un ídolo, una criatura maravillosa: sobre su faz redonda, blanca, erguía la mitra amarilla de las prostitutas de Babilonia; de los hombros fuertes, por sobre la tersura de sus senos levantados, caía en pliegues ga-

lardos una dalmática de brocado negro radiante-mente recamada de ramajes color de oro. En la mano tenía una flor de cactus, y en sus párpados pesados, las pestañas densas abríanse y cerrábanse en ritmo, al onduloso compás de un abanico que una esclava negra, agachada á sus pies, balanceaba cantando. Cuando sus ojos se cerraban, todo en redor parecía oscurecer; y cuando se levantaba el negro cortinaje de sus pestañas espesas, de la rasgada pupila desprendíase una claridad intensísima, como la del sol al mediodía en el desierto que abrasa y vagamente entristece. Y de este modo se ofrecía, magnífica, con sus formas esculturales, su mitra fulgurante, haciendo recordar los ritos de Astarté y de Adonis, lasciva y pontifical...

Di de codo á Topsisus y murmuré, pálido:

—¡Caramba! ¡Voy á los baños!

Seco, envuelto en su capa blanca, él respondió ásperamente:

—¡Nos espera Gamaliel, hijo de Simeón! ¡Y la sabiduría de los Rabís dice que la mujer es el camino del mal!

Y bruscamente penetró en una lóbrega y abovedada callejuela; las patas de las yeguas, hiriendo las losas, atraían sobre nosotros ladridos de perros y maldiciones de mendigos que se amontonaban revueltos en la obscuridad. Después saltamos por una brecha de la antigua muralla de Ezekiah, pasamos junto á una vieja y seca cisterna donde los lagartos dormían, y trotando por la polvareda de una larga calle, entre muros enjalbegados que relucían y puertas embadurnadas de alquitrán, paramos en lo alto, delante de una entrada más noble, en arco. Era la casa de Gamaliel.

En medio de un vasto patio enladrillado, abrazando al sol, un limonero servía de toldo al agua clara de un estanque. En caracol, sobre pilastras de mármol verde, corría una baranda, silenciosa y fresca, de donde pendía, aquí y allá, un tapete de Asiria con flores bordadas. Un azul puro brillaba en lo alto; y en un cobertizo, amarrado con cuerdas

como una alimafla á una barra de palo, un negro, calzado de hierro, lleno de cicatrices, hacía gemir y girar lentamente la grande muela de piedra de un molino doméstico.

En el hueco obscuro de una puerta apareció un hombre obeso, sin barba, casi tan amarillo como la túnica lisa que lo envolvía; tenía en la mano una vara de marfil y apenas podía levantar los párpados blandos.

—¿Dónde está tu amo?—le gritó Topsisus apeándose.

—¡Entra!—dijo el hombre con voz aguda y penetrante como un silbido de serpiente.

Por una escalera de granito subimos á una estancia alumbrada por dos grandes candelabros, altos como los arbustos de los cuales reproducían en bronce el tronco sin hojas. Entre los dos candelabros, mostróse en pie, ante nosotros, Gamaliel, hijo de Simeón. Era muy alto y muy delgado: la barba suelta, lustrosa y perfumada le cubría el pecho. Su turbante blanco, adornado con hilos de perlas, descubría una tira de pergamino arrollada á la cabeza y llena de textos sagrados; bajo aquella albura sus ojos hundidos tenían un fulgor frío y duro. Una larga túnica azul cubría hasta las sandalias: cosidas á las mangas y arrolladas á los pulsos, tenía otras tiras de pergamino donde negreaban otras escrituras rituales.

Topsisus le saludó á la moda de Egipto, dejando caer lentamente la mano hasta tocar la rodilla. Gamaliel tendió los brazos y murmuró como salmodiando:

—Entrad y sed bien venidos; comed y regocijaos.

Y tras de Gamaliel, pisando un pavimento sonoro de mosaico, entramos en una sala donde se hallaban tres hombres. Uno, que se apartó de la ventana para recibirnos, era magníficamente bello, con larga cabellera rizada colgando en suaves anillos sobre un cuello fuerte y blanco como un mármol corintio: en la faja negra que ceñía su túnica, brillaba, incrustado de pedrería, el puño de oro de